



Código documento: 053cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: Ustedes, los de capital...
Idioma: Castellano
Fecha creación: 6 de enero de 2010
Autor: Gregorio de Zaragoza

Ustedes, los de capital...

A lo mejor no importa demasiado el nombre del lugar en el que nos ocurrió el suceso que quiero relataros. Tampoco creo que sea importante ni el día ni el año en que ocurrió y, si me apuráis, es posible que ni siquiera sea relevante si ocurrió en el Camino a Compostela o durante alguna otra caminata o viaje más cómodo, ya que el relato, tiene más que ver con la naturaleza humana que con el sentido de nuestros pasos por el Camino de Santiago.

No nos cansamos de decir que el Camino de Santiago es similar al "Camino de la vida" y en él vemos reflejadas las mayores y más elegidas virtudes humanas y también en él, se nos hacen casi insoportables las injusticias, los abusos y las incomprensiones por pequeñas que sean, y es que por lo general, los peregrinos abordamos el Camino como espíritus puros ansiosos de experiencias y actos positivos.

Pero en el Camino, como en la vida, no sólo hay peregrinos que participan de nuestro caminar, también hay residentes, habitantes de los lugares por donde se pasa. Estos habitantes se relacionan con los peregrinos según su naturaleza, hospitalarios o huraños, alegres y extrovertidos o melancólicos y silenciosos, con justicia y lealtad o con engaños y abusos.

Todas las experiencias sobre la condición humana que nos aporta el Camino, a mi entender, no son lo que buscamos de él, sólo son parte del Camino por estar en sus lindes, no por ser su esencia, ya que para mí el Camino, nos sirve más para la realización personal en el plano moral o espiritual, que en el de las experiencias sobre la condición y las relaciones humanas o incluso la picaresca.

Así pues, la higiene de algún bar, el mal genio de algún hospitalero, los callos con garbanzos de Villafranca, el pajillero de León, el anciano que recita el poema sobre la fuente de La Estrella, la masajista comprensiva, el trato en las tabernas, la anciana mendiga, etc. son así a la vera del Camino, pero esos iconos se pueden extrapolar a otros lugares y eventos. Con un pequeño ejercicio mental, podéis hablar de los mismos personajes en vuestras ciudades, y cada pueblo o ciudad tendrá sus personajes, pintorescos, entrañables o groseros pero consustanciales con el paisaje urbano.

Y este largo preámbulo, sirve como fundamento y presentación del siguiente cuento, que no es más que una anécdota del Camino de Santiago.

Caminábamos, mi amigo Francisco y yo por caminos solitarios, hablando sobre las posibilidades del conocimiento humano, ¿somos capaces de aprender por deducción?, ¿verdaderamente aprendemos la esencia de las cosas, lo importante? o por el contrario ¿sólo la experiencia empírica nos da certeza de las cosas? También nos preocupaba saber si ¿el verdadero conocimiento es el que nos ayuda a la supervivencia? o únicamente es conocimiento lo que no es vital para nosotros, lo que investigamos y aprendemos por curiosidad. Esta opción parecía ser la más romántica y por tanto nos inclinábamos hacia ella cuando...

Es un tema muy trillado, pero no por eso deja de llenar ratos de monotonía en la marcha o incluso en los descansos de la tarde. (Ejem, ejem... No sé si se nota que estoy hablando en broma, pues lamentablemente me cuesta tanto caminar, que escasamente me da para resoplar y para pensar en la siguiente fuente o en lo bonito que es respirar y ver el paisaje sentado en una piedra, pero como esto es un cuento, aprovecho para darme el pegote de intelectual y si cuela, cuela).

Como decía, ese día, mi amigo Francisco y yo íbamos hablando del saber, cuando llegamos a la aldea fin de nuestra etapa. En ese lugar hay un establecimiento proveedor que hace de estanco, bar y tienda.

Cuando llegamos al albergue no era muy tarde, por lo que, después de asearnos y antes de cenar, nos dio tiempo de tomar un café en el bar y seguir la conversación iniciada en el Camino. El dueño del negocio estaba en el local con nosotros y seguía atento nuestra charla, al poco cambiamos de tema y quisimos entablar conversación con él, preguntándole sobre su pueblo y la zona:

- No, no soy de aquí soy de la meseta, pero llevo por aquí varios años de guardamontes, y mira por donde el año pasado, hablando con un señor de la capital, (que saben más), me decidí a coger el traspaso del estanco y ampliar el negocio, claro está, en vista del aumento de peregrinos, ¿Ustedes son peregrinos?, Pues si señor, ¿Y de donde son?

- Yo soy brasileño, de Copacabana y mi amigo es español _le decía Francisco.
- Ah, pues ustedes peregrinos y de capital seguro que saben más, ¿qué les parece el negocio?
- Hombre, por ser de capital no se sabe más ni menos, pero el negocio a mí me parece bien montado y seguro que en verano dará buenos beneficios.
- Eso espero, ya que hasta ahora me vienen dadas, todo gastos y pocos beneficios.

Nos dio tiempo de tomar otro café e invitar al paisano que aceptó y se sirvió, con mucho gusto, un revuelto de aguardiente seco anisado mezclado con vino moscatel.

En el albergue había cocina y nos pusimos de acuerdo con Jaqueline y los de Pamplona, no había nadie más, para comprar y preparar cena comunitaria, así que decidimos ir Francisco y yo a la tienda que ya conocíamos:

- Buenas otra vez, venimos a por unos macarrones, una cebollita, un par de tomates y unas anchoas para preparar una ensalada de pasta y luego algo de carne...
- Tengo congelados, precisamente unas pechugas de pollo muy ricas.
- Ah, pues ¿os apetece un pollo al limón?, Si lo preparas tú...
- ¿Qué les parece la idea del congelador?, es que ustedes los de capital saben más.
- Pues muy bien, si señor, así puede tener variedad de genero sin miedo a que se pase y comprar cantidad para cuando haya aglomeraciones.
- Claro, claro si ya lo digo yo, los de capital..., pero ¿han visto que también tengo helados?, cojan uno, cojan sin miedo.
- No, no, muchas gracias.
- Sí hombre sí, cojan uno.
- Es que...
- Nada hombre, que están muy ricos.

Y ahí nos tenéis a los dos, tomándonos un helado de cucurucho por no hacerle el feo, pues apetecemos no nos apetecía mucho, más que nada por el frío que hacía.

- Bien hombre y ¿qué más les pongo?
- Pues nos pone las pechugas, las dejaremos macerar con el zumo de dos limones y un poco de miel que llevo yo, y necesitaremos otro limón para decorar y un par de huevos y un poco de harina para rebozar las pechugas una vez fileteadas y maceradas y luego las freiremos, así que hará falta un litro de aceite, además la harina los huevos y los limones.
- Muy bien, ¿algo más?
- Pues algo de postre y de desayuno, unos yogures, unas magdalenas y un par de litros de leche con cacao y ya nada más, ¿qué le debemos?
- Estooo, ¿los helados los pagan ustedes o se los apunto en la cuenta?
- Eh?, Como?, ¡Ah, los helados!, no, no los apunte que los pago yo aparte.
- Pues son tanto... y tanto de los helados, que aproveche y les espero para tomar café luego.
- Pues nada, nada, hasta luego...

Nos fuimos en silencio, mirando al suelo, sin decir ni una palabra, convencidos de que el saber por curiosidad será el auténtico pero eso de que "ustedes los de la capital saben más", pues como que no me lo creo..., no se, no se. Luego, a la entrada del albergue nos miramos y nos echamos a reír de forma sonora y compulsiva y sólo con la vista decidimos no contar nada, pero nada de nada.

Gregorio de Zaragoza